

Francisco Leal Buitrago



Al paso del tiempo
Mis vivencias

Al paso del tiempo

Mis vivencias

Para citar este libro: <http://dx.doi.org/10.30778/2018.69>

Obra de Francisco Leal Buitrago
Tomo VI

Al paso del tiempo

Mis vivencias

Universidad de los Andes
Universidad Nacional de Colombia

Leal Buitrago, Francisco, 1937-

La obra de Francisco Leal Buitrago. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política, Ediciones Uniandes: Universidad Nacional de Colombia, 2016-2018
6 tomos; 250 páginas; 17 x 24 cm.

Contenido parcial: tomo VI. Al paso del tiempo. Mis vivencias.

ISBN 978-958-774-766-9

1. Leal Buitrago, Francisco, 1937- – Colecciones de escritos 2. Colombia – Política y gobierno I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Ciencia Política II. Universidad Nacional de Colombia III. Al paso del tiempo. Mis vivencias. Tít.

CDD 320.9861

SBUA

Primera edición: octubre del 2018

© Francisco Leal Buitrago
© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política
© Universidad Nacional de Colombia
Vicerrectoría de Investigación, Editorial Universidad Nacional de Colombia

Ediciones Uniandes
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN Obra: 978-958-774-453-8
ISBN Obra *e-book*: 978-958-774-456-9
ISBN Tomo VI: 978-958-774-766-9
ISBN *e-book* Tomo VI: 978-958-774-767-6
<http://dx.doi.org/10.30778/2018.69>

Publicaciones Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 4819
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Corrección de estilo: Guillermo Díez y
Adriana Camargo
Diagramación interior: Samanta Sabogal
Diseño y diagramación de cubierta: Lorena Morales

Editorial Universidad Nacional de Colombia
Avenida El Dorado n.º 44A-40
Hemeroteca Nacional Universitaria,
Primer piso, ala oriental
Bogotá, D. C., Colombia

Impresión:
Panamericana Formas e Impresos S. A.
Calle 65 n.º 95-28
Teléfono: 4302110
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Universidad Nacional de Colombia | Vigilada Mineducación. Creación de la Universidad Nacional de Colombia: Ley 66 de 1867. Acreditación institucional de alta calidad: Resolución 2513 del 9 de abril del 2010, Mineducación. Régimen orgánico de la Universidad Nacional de Colombia: Decreto 1210 de 1993.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Caminos compartidos · ix

ALFREDO MOLANO

Mi papá y su época · xv

CLAUDIA LEAL

Introducción · 1

PRIMERA PARTE

EN UN PAÍS ATRASADO QUE COMIENZA A DESPERTAR · 9

Capítulo 1

Vida pueblerina y escuelas públicas, 1944-1949 · 11

Capítulo 2

Colegios privados en la capital, 1950-1954 · 33

Capítulo 3

Un servicio militar que se prolonga, 1955-1962 · 51

SEGUNDA PARTE

UNA VIDA EN LA ACADEMIA · 89

Capítulo 4

Estudiante de la Nacional, 1962-1968 · 91

Capítulo 5

Profesor y doctorado en Wisconsin, 1968-1974 · 109

Capítulo 6

Los Andes y las redes latinoamericanas de ciencias sociales, 1974-1986 · 127

Capítulo 7**Complejidades de la universidad pública y de nuevo
en Gringolandia, 1986-1996 · 151****Capítulo 8****Retorno a Los Andes y viaje forzado a Ecuador, 1996-2005 · 171****TERCERA PARTE****MÁS ALLÁ DE LA “DICTADURA DE CLASES” · 195****Capítulo 9****Vicisitudes académicas, políticas y otras cuantas, 2005-2018 · 197****PUBLICACIONES DE FRANCISCO LEAL BUITRAGO · 225**

Libros · 225

Capítulos en libros editados por el autor · 226

Capítulos en libros editados por otros autores · 227

Artículos de revistas · 229

Caminos compartidos

ALFREDO MOLANO

LEER A PACHO es un poco mirarme, no solo porque somos de la misma generación —o casi—, sino porque nuestras vidas han sido paralelas, juntándose a ratos, separándose en otros, pero nunca chocando, pese a que él es un hombre ordenado y yo nunca lo he sido.

Los recuerdos que Pacho tiene de la carretera entre Bogotá y el Llano son los mismos que yo tengo, y como él, gocé y gozamos hoy al revivirlos. En los años cincuenta era una vía estrecha y destapada, nublada en el páramo de Cruz Verde y tenebrosa en los abismos del Chirajara, que invariablemente se recorría en un bus de la Flota Guayuriba. Villavo era un pueblo al que se llegaba como un superviviente. Pacho vivió su infancia en Une, una tierra a la que íbamos desde La Calera a comprar la muy famosa semilla de papa Tocana para los cultivos de la hacienda donde nací y me crié. Ambos fuimos, pues, ajenos a la ciudad y aprendimos a montar a caballo antes que a coger bus. En Une aún se sentía la figura legendaria del general Urías Romero, jefe de las guerrillas liberales que en la Guerra de los Mil Días derrotó a los conservadores en Cerro Negro, un predio de la familia de Pacho; en cambio en La Calera mandaba otro general, Amadeo Rodríguez, tan godo y violento que, siendo alcalde civil y militar del municipio, el 10 de abril de 1948 ordenó fusilar a tres campesinos que consideró nueveabrileros, o sea, gaitanistas, o sea, comunistas.

Pacho recuerda a Alfonso López Pumarejo echando un discurso desde un balcón en Une; yo, las ruinas de una Bogotá humeante días después del 9 de abril. No jugué fútbol en el Lago Gaitán como él, pero sí bolos en el *Tout Va Bien*. A mí ya me habían expulsado de cinco colegios y Pacho tuvo que salirse de uno. Pero él terminó su bachillerato en un colegio serio donde había laboratorios y banda de guerra; yo, en cambio, en uno que nunca fue aprobado por el Ministerio de Educación. Mientras yo iba a clases por la mañana y a cine por la tarde, Pacho entraba a la Escuela Militar y se graduaba como oficial. Justamente

allí mi mamá llevaba a vender la leche de la hacienda cuando era director el coronel Iván Berrío, uno de los más reaccionarios oficiales del Ejército, que había defendido el Palacio Presidencial en el Bogotazo. Más aún, los alumnos de la Escuela hacían prácticas de guerra justamente en la región donde yo vivía y que conocía como la palma de mi mano. A veces yo encontraba tiradas cápsulas de balas de fogueo que seguramente Pacho y sus compañeros habían disparado.

Como militar, Pacho fue asignado al Instituto Agustín Codazzi. Recorrió toda la región del Pacífico haciendo trabajos geodésicos y sufrió dos peligrosos accidentes de aviación. Tengo la sensación de que haber vivido ese mundo desconocido, poblado de comunidades negras, le dio, sin proponérselo, una inclinación social: “Conocí pueblos como Iscuandé, Guapi y el mencionado El Charco, todos rodeados de monte, riachuelos y numerosos pantanos”. Después, y con el mismo espontáneo interés social, conoció otras regiones: la Zona Cafetera, los Llanos Orientales. En Tolemaida se graduó como Lancero y como tal fue destinado al Batallón Cisneros en Quindío, donde pululaban a comienzos de los años sesenta las cuadrillas de bandoleros como “Desquite” y “Sangrenegra”. Y allí sus dudas sobre el papel de la Fuerza Armada complementaron sus inquietudes sociales. Pidió su baja del Ejército para estudiar ingeniería.

En octubre del 62 Pacho salió del Ejército mientras yo me preparaba para presentar exámenes finales de sexto de bachillerato en un colegio nacional. Recuerdo muy bien la fecha porque fue la “Crisis de los Misiles” en Cuba. Yo ya simpatizaba con la Revolución Cubana, gracias a un profesor que dictaba Filosofía y que se empeñaba en explicarnos la dialéctica de Heráclito, Hegel, Marx, para desembocar en el Che Guevara. Fue más allá: me aconsejó que en vez de Derecho en el Rosario —como quería mi familia— estudiara Sociología en la Nacional. Y ahí me encontré con Pacho, cuya familia tampoco entendía por qué no estudiaba ingeniería, en vez de una cosa que no servía para ganarse la vida.

Nos fijamos uno en el otro porque éramos los únicos que teníamos carro. Él porque lo había trabajado —un Ford 53— y yo porque, viviendo fuera de Bogotá, mis padres hicieron el esfuerzo por conseguirme un viejo Packard. Nos fuimos haciendo amigos, como se hacen los buenos amigos: sin explicación. Con otros compañeros formamos un parche que aún dura. Estudiábamos todos juntos aprovechándonos de los conocimientos de matemáticas que tenía Pacho y de la memoria abismal que tenía otro compañero, Armando Borrero. Nos divertíamos también. Un día, con unos aguardientes, me puse el uniforme azul oscuro de gala que Pacho guardaba junto con la espada de alférez. Otro día habíamos almorzado en mi casa y discutimos mucho sobre las perspectivas que tenía Camilo —quien había sido nuestro fugaz profesor—. Pacho sostenía que no existía ninguna posibilidad de derrotar al Ejército; yo pensaba lo contrario. Al regresar a Bogotá, en la Séptima con calle 82, *El Espectador* anunciaba la muerte de Camilo con foto y todo. Terrible noticia para todos.

No sé si fue la muerte de Camilo o las peleas a piedra contra las “fuerzas represivas” —o ambas cosas— lo que inclinó a Pacho a participar en las elecciones estudiantiles y salir elegido presidente del Consejo de la Facultad de Ciencias Humanas. Sospecho que para esa época había dejado de usar corbata, pero seguía siendo un alumno meticulado y aplicado que admiraba tanto a Fals Borda como a Darío Mesa, dos vertientes académicas que terminarían dividiendo la Sociología de la Nacional. Los cocotazos que recibió en la calva Lleras Restrepo como candidato presidencial en la Universidad Nacional en 1966 contribuyeron a que Pacho comenzara a observar la vida política, no en el plano práctico sino con una inquisitiva mirada académica. Más aún, escribió un texto con el sonoro título de “La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase”.

Al terminar Sociología —Pacho se graduó inmediatamente, y yo, tres años después— entramos a una especie de posgrado que se inventó Fals: el Programa Latinoamericano de Sociología del Desarrollo (PLEDES), que nos permitió ponernos al día con un marxismo aterrizado pero tangencial que recogió en Bogotá a los más destacados profesores de América Latina. Huían de las dictaduras militares inspiradas en la Doctrina de la Seguridad Nacional. Fue la época en que Pacho vendió el flamante Ford 53 y compró una camioneta comunista, Wartburg, que parecía una pantufla. También se casó con Magdalena León, una santandereana seria pero que sabía sonreír y que había sido nuestra monitora. La enamoró con serenatas y conceptos. Pacho inició entonces su carrera como profesor universitario en la Nacional, de la que Magola también era profesora. Yo había entrado a trabajar con Héctor Abad Gómez, director de la Unidad de Desarrollo Social del Incora. Seguimos siendo muy amigos, pero cada uno cogió su camino. Pacho saltó al recién creado Departamento de Ciencia Política en la Universidad de los Andes y yo al Alto San Jorge, donde por primera vez miré a un guerrillero, Francisco Caraballo. Después él saldría para EE. UU. a sacar su doctorado, y yo para la Universidad de Antioquia, donde conocí a Estanislao Zuleta, que había formado un grupo de estudiosos de Marx, Freud, Nietzsche, en su casa. Fue mi verdadero posgrado. Pacho se dedicó a la investigación y a la cátedra. Y yo terminé expulsado con otros nueve profesores de la universidad por habernos solidarizado con el formidable movimiento estudiantil de comienzos de los setenta.

Pienso ahora que las últimas experiencias profesionales y académicas nos pusieron en pistas ideológicas distintas del mismo teatro: Pacho colaboró en el *Estudio del comportamiento legislativo en Colombia*, una de las primeras investigaciones sobre el Parlamento, guiado por una combinación de “historia, estructural funcionalismo y ‘neomarxismos’”. Yo escribí un espeso texto sobre *La educación y el capital*, guiado por el marxismo ortodoxo. Después andareguemos por diversos caminos y durante un tiempo largo dejamos de vernos,

mas no de estimarnos y de respetar nuestras búsquedas. Pacho continuó sus estudios en el Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin, y yo, en la École Pratique des Hautes Études, en París. Pacho se graduó con honores y yo comencé una pelea con la academia que aún sostengo, una diferencia que no nos ha distanciado. Con compañeros del curso de Sociología de la Nacional y el apoyo de la Fundación Ford, Pacho fundó la *Revista de Estudios Rurales*, que publicó uno de los capítulos de mi tesis de doctorado que el doctor Daniel Pécaut, profesor de la École, consideró de dudoso origen metodológico. Hoy considero que la publicación de *Valentín Montenegro* —la historia de un colonizador campesino de la selva del Ariari— marcó, gracias a Pacho, el inicio de una mirada que me comprometió con las luchas de los colonos, y más tarde me permitiría entender los cultivos de coca en la región como la realización de las reivindicaciones agrarias —tierra, crédito, vías y rentabilidad del trabajo— que los campesinos habían levantado desde los años veinte. Pacho, a su vez, publicaba una de las obras que más luces han dado para el esclarecimiento de la estructura política del país: *Estado y Política en Colombia*.

Los años setenta fueron testigos de cambios profundos: el Frente Nacional hacía agua, el tímido intento de reformar la estructura agraria fue yugulado y las guerrillas como las FARC y el ELN salieron de las oscuridades de las selvas para enfrentar a los gobiernos en las zonas de colonización donde la coca echaba raíces; por su parte, el M-19 se robaba la espada de Bolívar y cinco mil armas del Cantón Norte. Pacho fundó a mediados de la década la Maestría en Ciencia Política en Los Andes, que pondría en primer plano del interés académico la vida política de la nación.

Los años ochenta fueron una larga cadena de brutalidades: aparecieron los grupos paramilitares, financiados por narcotraficantes y grandes ganaderos y tolerados por los gobiernos, por decir lo menos; la Unión Patriótica fue masacrada y el M-19 cayó en la gran emboscada del Palacio de Justicia. Incansable, Pacho fundó en la Universidad Nacional el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), que reúne a un grupo de trabajadores intelectuales de primera categoría para estudiar “temas prácticamente vírgenes, en una sociedad repleta de problemas sin solucionar”. Bajo la dirección de Gonzalo Sánchez y la inspiración de Pacho fue publicado un texto que le metió el ojo descarnadamente a nuestra enigmática democracia, acostumbrada a producir tanto muertos como leyes. El libro *Colombia: violencia y democracia* ambientó en el mundo intelectual la reforma constitucional de 1991.

Pacho sería amenazado de muerte por la manida y supuesta simpatía con la subversión que la derecha armada usa para asesinar a quien critica a fondo los fundamentos del establecimiento. Viajó a Ecuador, donde fue investigador de la Facultad Latinoamericana de Estudios Sociales con sede en Ecuador, donde escribió *La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la Posguerra*

Fría, que remataría después con otra obra particularmente incisiva, *La inseguridad de la seguridad. Colombia 1958-2005*. La primera recibió el premio Alejandro Ángel Escobar. Fue un ajuste de cuentas con un asunto que sin duda cubre toda la vida intelectual de Pacho: el papel de las Fuerzas Militares en la vida política. No es solo un estudio extraordinariamente lúcido sino también —¡y de qué manera!— un juicio histórico. Desentrañar el papel de una fuerza tan poderosa como son las armas en una democracia débil como la nuestra es meter el dedo en la llaga; Pacho resolvió así un contencioso que lo acompañaba —y lo atormentaba— desde cuando aprendió a manejar, limpiar y disparar un viejo Mauser en el Batallón Miguel Antonio Caro. En blanco sobre negro, Pacho pudo hacer, mucho antes que la academia, que los partidos políticos, que los movimientos sociales, un balance claro y conciso del gobierno de la Seguridad Democrática y de sus vínculos con EE. UU.:

El gobierno de Álvaro Uribe supo sacarle toda la ventaja posible a la necesaria y efectiva reforma militar adelantada durante el gobierno anterior con asesoría gringa, con el fin de arremeter contra esa guerrilla para exterminarla, que fue su objetivo principal a lo largo de sus dos períodos presidenciales. También, por primera vez desde el Frente Nacional, un gobierno asumía el control directo del manejo militar, aunque de manera improvisada de acuerdo con las circunstancias de cada momento. En ese escenario, no es de extrañar entonces que los resultados obtenidos no correspondieran a las expectativas presidenciales de aniquilar a las FARC, aunque sí logró reducir las, debilitarlas y arrinconarlas hacia el suroccidente de la Orinoquia, en su confluencia con la Amazonia, debido en particular a la reorganización militar exigida por Estados Unidos.

Pacho no dejó ni ha dejado de recorrer el país, no solo como conferencista sino honrando su espíritu andariego que lo llevó a buscar los caminos que transitó el general Urías Romero y que luego continuó como *boy scout* en el Colegio de San Bartolomé y que lo guio para vincularse al Ejército. Fue feliz recorriendo soltero el Pacífico; viajando con Magdalena, su mujer, por Santander, o yendo a buscar a su hija Claudia enmaniguada en la Serranía de la Macarena. Pacho necesita el aire y por eso no se está quieto ni en la biblioteca, ni en la catedral, ni en la casa.

Yo he sido feliz leyendo sus memorias y quizás he aprendido tanto o más del país que leyendo sus trabajos académicos. ¿Para qué se escribe una autobiografía si no es para que el lector evoque con el autor un retazo de historia? Estoy seguro de que Pacho no busca ningún elogio al escribir sus memorias, aunque goza escribiéndolas —y al detalle—. Busca más bien trenzar y comprender su

historia personal, la de su familia, la de sus compañeros, con la historia nacional que le tocó vivir. Los que hemos sido sus amigos no podemos menos que añadirnos a ese intento haciendo de su experiencia la nuestra. Somos todos parte de la misma historia, aunque no seamos personajes históricos sino meros amigos.

Mi papá y su época

CLAUDIA LEAL

LA HISTORIA DEL hijo de Fidel Leal y Candelaria Buitrago, dos personajes cuyos nombres parecen sacados de un cuento, que además comienza en un lugar llamado Une, podría haber sido una novela. Aunque no lo es, tiene sus tonos novelescos. El protagonista es un ateo convencido de que fue criado por curas y en una familia profundamente católica; es un militar que en plena Guerra Fría decidió estudiar Sociología, por lo que viró hacia la izquierda, y que además se casó con una mujer de carácter fuerte y feminista. Los grandes cambios que han rodeado su vida también sugieren una obra de ficción. Nació en 1937 en un país rural que tenía una quinta parte de los habitantes que tiene hoy, y en el que para viajar de la Costa a Bogotá había que remontar el río Magdalena. Ese hombre es mi papá, una de las personas a quien mejor conozco y más quiero y de quien aprendí aún más leyendo sus memorias.

Como narrador de su propio pasado, mi papá no deja de ser el sociólogo autor de varios libros e innumerables artículos. Este libro, concebido para mirar una sociedad a través de una vida, mantiene algo del sabor de un texto académico, más que asemejarse a un diario o a una confesión. Así que quien lo lea no solo va a descubrir a un niño inquieto que fabricaba sus propios juguetes, sino la cotidianidad de un pequeño pueblo liberal de la Provincia de Oriente de Cundinamarca sitiado por conservadores. Aunque es difícil a partir de los pasajes aquí contenidos imaginar a mis abuelos como individuos de carne y hueso, sí aparecen un educador pensionado y su esposa sobreviviendo a su manera, primero en el centro del pueblo y luego en los márgenes de la capital.

El tránsito del mundo rural a la ciudad fue el camino seguido por muchos en esa época; la carrera militar, una ruta menos común, pero de todas formas típica de la clase media en el contexto de un Estado en expansión. Así que no sorprende que ante el reclutamiento forzado, la muerte de mi abuelo y la necesidad de abrirse camino en la vida, mi papá haya contemplado permanecer en el

Ejército. Lo que sí sorprende es la normalidad de la vida militar en plena época de La Violencia. Aunque tal vez no debería extrañarnos: es la misma sensación de normalidad en la que hemos vivido en años posteriores mientras el “conflicto armado” se desenvuelve a nuestro alrededor.

Más inusual, y una de las etapas que siempre me ha gustado más de la vida de mi papá, es su paso por el Instituto Geográfico, siendo oficial del Ejército. A los militares les tocaba cubrir las zonas a las que los civiles preferían no ir, y así terminó él haciendo mediciones geodésicas a finales de los años 50 en Chigorodó y Sanquianga, y yo escuchando de niña historias sobre esos sitios. El texto es rico en detalles. De esos años quedan claros el gusto que él tenía por los aviones y el importante papel de la aviación en el proceso de construcción del mapa nacional. Aún más, y de manera algo paradójica, el apoyo del Ejército gringo, estacionado en el canal de Panamá, también aparece como fundamental en el proceso.

La relación con Estados Unidos sobresale igualmente en el surgimiento de la disciplina encargada del estudio de la sociedad colombiana. En este caso obviamente no se trató del Ejército sino de la Fundación Ford, y de modo indirecto, de la formación que tuvo Orlando Fals Borda, fundador del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional, en la Universidad de la Florida. La Fundación fue clave en el fortalecimiento de la red de académicos latinoamericanos y latinoamericanistas que tuvo en Clacso otro medio de crecimiento y consolidación.

Cuanto más lo pienso, más extraña me parece la crucial decisión de mi papá de estudiar sociología. A pesar de tener ya una formación incipiente en ingeniería, más gusto por ella y experiencia, se lanzó al despeñadero de una disciplina desconocida y poco prometedora. En alguien tan metódico y racional, esa decisión revela a una persona guiada por la curiosidad (en este caso, de entender un país que había recorrido) y tal vez la impronta de mi abuelo, que fue educador e incursionó en la política. El nuevo rumbo que tomó su vida resultó fructífero, en buena medida, por el gran juicio y la dedicación con que mi papá ha hecho todo. Pero también porque lo acompañó la suerte de estar entre los pioneros de las disciplinas sociales en el país; así pudo apoyar su crecimiento y se benefició también de las posibilidades que tal crecimiento brindaba.

Asumo que es esta cara pública de mi papá la que atraerá más lectores a estas memorias, y no quedarán decepcionados. Aquí aparecen ese temprano y casi legendario Departamento de Sociología hasta la controvertida salida de Orlando y toda la larga carrera profesional de mi papá, que incluye el montaje de la primera maestría en Ciencia Política en la Universidad de los Andes y la creación del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional. Tanto los interesados en el desarrollo de las ciencias sociales en Colombia como quienes han leído los muchos escritos del “profesor Leal” sobre militares, clientelismo,

sistema político, etcétera, y quieren entender el contexto en el que se originaron, encontrarán en las páginas que siguen mucho con qué entretenerse. El libro también muestra el desarrollo de la academia, cómo era más flexible antes de lo que es ahora, y permite explorar un fenómeno menos común hoy, que es la combinación de académico e intelectual.

Aterra todo lo que ha hecho en términos de investigaciones y desarrollo institucional. Y a eso hay que sumarle que montó una finca lechera en el Neusa y hasta fue el administrador por muchos años del conjunto en que vivíamos. Y, claro, que es papá. De su vida personal cuenta lo básico, y sus sentimientos quedan por lo general implícitos. Parte del motivo de estos silencios es su timidez y la idea misma que guía el libro, que no pretende ser una mirada interna. Yo podría complementar la narración escribiendo sobre su vida como papá, pero esta es una presentación, no un capítulo. Baste con contar que alguna vez a mis primos (por el lado de mi mamá) les dio por decidir quién era el mejor tío. Para mi sorpresa el elegido no fue mi papá, quien sin duda alguna era el más divertido, además de admirable: él no sólo jugaba conmigo y con mi hermana y nos enseñaba mil cosas sobre el mundo, sino que también había comido culebra y se había tirado desde un puente grande a un río cuando descubrió que se estaba teniendo de una viga donde había un nido de avispas. Ante mis ojos, era una especie de supermán cariñoso que todo lo podía y todo lo sabía.

En el libro hay una omisión inadmisible: no aparecen Azabache, Paco o Monchie, por mencionar a algunos de nuestros perros favoritos, tanto de la finca como de la casa. Aza era un enrazado de pastor alemán, más bien feíto; Paco, un salchicha de pelo largo, simpatiquísimo, y Monchie, la cocker que vivió con nosotros diecisiete años. Esos perros adoraban a mi papá, así como hoy lo quieren Sara y Rosita. En la finca mi papá tenía el ritual de repartir los huesos que les había guardado a los perros durante la semana. Siempre estaba pensando en ellos.

Yo no sólo le debo mi amor por los perros, sino mis ganas de hacer las cosas bien y no pasar por la vida como un pasajero desprevenido. A veces es difícil, como ha sido para él, quien se ha exigido tanto siempre. Pero a él le queda la enorme satisfacción de una vida bien vivida. Y a mí, el orgullo y el ejemplo. Qué lujo además tener un papá de 80 años, fuerte y lúcido, que lleva a sus nietos al colegio una vez a la semana.

Introducción

CUANDO MIS COLEGAS Angelika Rettberg y Laura Wills me sorprendieron con la idea de reeditar algunos de mis libros, manifestaron que esperaban que al final de esas publicaciones se presentara también un libro sobre mis memorias. Comencé entonces a recordar. De ahí en adelante, sobre la base de un esquema inicial que remendé varias veces, el problema mayúsculo fue enfrentar retos a mi memoria, particularmente sobre las fechas de acontecimientos especiales que me venían a la mente de manera atropellada.

Han sido setenta y pico de años de vida para recordar, desde que tenía siete abriles hasta un año luego de cumplir los ochenta. Sorprende, aunque parece que es lo normal, que uno recuerde mejor lo que vivió en la niñez y la adolescencia, que lo transcurrido a partir de los 20 o los 30 años. Este hecho, que no lo había imaginado, fue compensado con la ayuda que tuve de colegas de estudios universitarios y la contribución de la familia, comenzando por Magdalena León, mi esposa durante más de cincuenta años, y nuestras dos hijas, Claudia María y Marta Viviana.

Lo que más llama la atención en este relato relativamente corto frente a la compleja historia del país son los profundos cambios que han ocurrido en la sociedad durante un tiempo históricamente breve. Incluso, si uno los compara con lo sucedido en el mundo durante estas ocho décadas, que no es poca cosa, lo acontecido en una nación que ha cambiado en casi todo es abrumador. En relación con los países de la región latinoamericana, Colombia tiene características particulares de gran peso, que la hacen especialmente compleja en varias dimensiones. Menciono algunas que creo sobresalientes.

Sin duda, Colombia es el país más diverso de América Latina en términos relativos. Su diversidad regional es increíble, pues cambia de manera radical en su entorno geográfico, en espacios que no son tan grandes como los de otros países. La gran variedad de fuentes hídricas distribuidas a lo largo y ancho de un territorio con montañas, bosques, selvas, valles interandinos, páramos, ríos, quebradas, playas y acantilados, en medio de dos de los océanos más grandes del mundo, posibilita que la enorme variedad de vida vegetal y animal de

cada región sea muy particular. Este hecho incuestionable hace que su biodiversidad esté entre las mayores del mundo. El inmenso y complejo territorio, comparado con una población pequeña durante la mayor parte de su historia, además de su distribución dispersa, provocó que las culturas —incluidas las culinarias y los acentos y modismos regionales— fuesen tal vez las más numerosas y variadas del continente, teniendo en cuenta la menor extensión relativa de su área frente a varios países con tamaños equivalentes y mayores.

Entre las múltiples características cuasi exclusivas del país, menciono los escasos grupos de inmigrantes —descontando los provenientes inicialmente de España— hasta bien entrado el siglo pasado. Más importante ha sido la existencia de diversas regiones relativamente aisladas, que provocaron que el desarrollo de la nacionalidad fuese débil frente al de países con regiones más habitadas. Las ideologías de pertenencia a cada uno de los partidos Liberal y Conservador, alimentadas por las violencias que se desataron en su nombre desde mediados del siglo XIX, a lo largo de un siglo, fueron un factor de aglutinación de identidades suprarregionales. La diversidad y aislamiento regional ha facilitado también la debilidad política del Estado, manifestada en su ausencia real en casi la mitad del territorio nacional. La modernización del país, frente a buena parte de los demás de la región, fue más tardía, pues no logró estabilizar un producto de exportación que le diera proyección comercial e industrial de manera sostenida sino hasta la segunda mitad de los años cuarenta del siglo pasado. La persistencia de diferentes formas de violencias a lo largo de su historia ha sido tal vez el aspecto que ha tenido mayor peso en las relaciones sociales de la población.

Estas memorias, que describen muchas de mis vivencias a través de la historia, las divido en tres partes. La primera la denomino “En un país atrasado que comienza a despertar”, que va desde 1944 hasta 1962, y cuenta con tres capítulos. La segunda parte la bauticé “Una vida en la academia”, que transcurre entre 1962 y 2005, y abarca la mayor parte del texto, con cinco capítulos. La parte final la titulo “Más allá de la ‘dictadura de clases’”, entre 2005 y 2018, y tiene un capítulo.

La primera parte recuerda episodios sucedidos durante mi niñez y juventud, desde los siete años hasta los 25. Mis vivencias iniciales transcurren en el municipio de Une, de donde era oriundo mi papá, Fidel Leal Cruz, pedagogo egresado de la Escuela Normal de Institutores de Bogotá, donde se graduó en 1909. Con posterioridad a mi nacimiento en Bogotá, mi familia se trasladó a ese pueblo, ubicado en la antigua Provincia de Oriente de Cundinamarca. Estudié primaria en la escuela pública, con mis dos hermanas mayores como profesoras en los dos primeros años. Comencé el bachillerato en el colegio que fundó mi papá, en 1940, en ese municipio. La mayoría del bachillerato lo hice en tres colegios privados de Bogotá.

Mis vivencias hasta los 12 años de edad, en un pueblo pequeño y relativamente aislado, en un país premoderno, pobre y atrasado, permiten comprender mejor los cambios que se produjeron hasta desembocar en una sociedad totalmente diferente, como lo es la colombiana en la actualidad. La vida rutinaria del pueblo giraba en torno a la casa y la familia, y la educación formal en escuelas y colegios. Tales rutinas ocultaban la multitud de actividades propias de niños, que no dependían de la cantidad de juguetes industriales adquiridos por los padres hoy. La inventiva artesanal que teníamos los niños para diseñarlos, elaborarlos y compartirlos era increíble, así como también la que desarrollamos en gran variedad de juegos colectivos. Todo esto complementado con paseos a los alrededores de un pueblo que refleja la diversidad geográfica que tiene cada porción de su territorio.

La variedad de actividades individuales y colectivas se interrumpía de vez en cuando con la llegada al pueblo de circos itinerantes que, con carpas, payasos y escenarios desarmables, divertían a grandes y chicos. Las festividades de finales de año eran otra ruptura de la vida diaria, incluidas las ferias y fiestas con corridas de toros pueblerinas. De vez en cuando había otras interrupciones que despertaban nuestra curiosidad, como la visita de gitanos, a quienes nunca volví a ver. Ellos sobrevivían viajando por las comarcas haciendo negocios propios de la época, como la compra-venta de caballos y yeguas —bestias de montar—, a los que les limaban la dentadura para que aparentaran menos años de los que tenían y obtener ganancias al venderlos.

El segundo capítulo se desarrolla en Bogotá y relata las vivencias de un año interno en un colegio en el norte de la ciudad, dos años en uno más cercano a la primera casa donde vivimos, en el sur de la capital, y los dos últimos para terminar el bachillerato en un amplio colegio de la comunidad de los jesuitas. En esos dos años finales vivíamos en otra casa que adquirió la familia en el norte de la ciudad. A pesar de que Bogotá había iniciado su expansión, todavía se podía apreciar su tamaño transitando por sus barrios. Fue toda una experiencia descubrir durante cinco años esa ciudad aún pequeña, y ante todo segura, en medio de la época conocida como “La Violencia”, que afectó con su dogmatismo ideológico —en particular el del Partido Conservador— a la población rural que frente a las amenazas inició desplazamientos hacia las zonas urbanas.

El tercer capítulo es un gran paréntesis que duró ocho años en mi trasegar vivencial, que hubiera podido definir el resto de mi existencia. Sin embargo, por fortuna lo interrumpí para comenzar una nueva vida por completo diferente que me condujo hasta el presente. Se trató, en sus inicios, del servicio militar obligatorio que estableció el gobierno del general Rojas Pinilla para bachilleres. Entre ochenta y un bachilleres del colegio, en 1954, “seleccionaron” a unos pocos para prestar ese “servicio a la patria”. Luego de un mes en la Escuela de Infantería —sede del Batallón Miguel Antonio Caro (MAC) para bachilleres—, dos de

los compañeros reclutados me convencieron de aprovechar la posibilidad de prestar ese servicio en la Escuela Militar de Cadetes. La inercia de los ascensos y la posibilidad de ejercer autoridad sobre subalternos, además de los consejos de mis compañeros, me llevaron a continuar con la carrera militar.

Durante ese tiempo tuve la suerte de estar en instituciones militares y civiles bien particulares, que me permitieron, además de las enseñanzas castrenses, aprender aspectos relacionados con las ingenierías y sus tecnologías casi de punta en esa época. Como oficial del Ejército, fui alumno durante un año de la recién fundada Escuela de Ingenieros Militares, en el barrio Puente Aranda de Bogotá. Aproveché muy bien la parte práctica del curso, en Melgar, donde se construía el proyecto del “fuerte militar” ordenado por Rojas Pinilla. Pero lo mejor fue que luego estuve durante tres años en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), que estaba recién fundado. En ese trabajo conocí buena parte del complejo territorio nacional, junto con sus contrastes entre pobreza y miseria, y la opulencia relativa de terratenientes y empresarios regionales que comenzaban sus “emprendimientos”. Esta experiencia fue definitiva para que pidiera la baja del Ejército. Mi conocimiento del enredado territorio nacional, pero ante todo de sus profundos contrastes políticos y sociales, me llevó a optar por el estudio de las ciencias sociales.

La segunda parte, “Una vida en la academia”, abarca la mayoría del texto. Son cinco capítulos que divido de acuerdo con el cambio de actividades, todas ellas relacionadas con la academia. El capítulo inicial de esta parte recuerda aspectos relacionados con mis estudios de Sociología en la Universidad Nacional en Bogotá, desde 1962 hasta 1968. Fue una rica experiencia en una disciplina fundada en 1959 por Orlando Fals Borda, quien se hizo acompañar de excelentes profesores nacionales y extranjeros. Estos últimos, provenientes de varios países de América Latina, fueron en su mayoría mis profesores durante el primer posgrado que cursé, creado también por Orlando con el apoyo financiero de la Fundación Ford. Por fortuna, alcancé a terminar la maestría antes de que el movimiento estudiantil radicalizado exigiera acabarla, puesto que la Ford representaba el “imperialismo yanqui” que debía ser expulsado de la Nacional.

Mis conocimientos de ingeniería y arquitectura me sirvieron para sostenerme económicamente durante ese tiempo. Utilicé los medios días libres de las clases en la universidad para adelantar un proyecto de construcción de un edificio pequeño —en asocio con mi cuñado, esposo de mi hermana mayor— y también para la remodelar una casa que compré y luego vendí con alguna ganancia. Todo ello logré hacerlo con mis ahorros y la participación de mi mamá, con los escasos recursos que le quedaron luego de la muerte de mi papá, en 1955.

El siguiente capítulo transcurre entre 1968 y 1974. Se refiere al primer trabajo formal que tuve en la academia. Fue en el recién fundado Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, primero en Colombia y

en la región latinoamericana. Allí participé en un proyecto de investigación sobre el Congreso coordinado por Gary Hoskin, quien llegó de Estados Unidos al país invitado por el Departamento y luego fue mi amigo hasta su muerte. Aproveché la oportunidad para escribir mi primer libro y varios capítulos —compartidos con colegas— del volumen resultado de la investigación. Antes había escrito textos que me sirvieron para mis tesis de licenciatura y maestría. En algunos utilicé mis conocimientos militares, aspecto que continuó después. El último año de estudio de la maestría lo adelanté en compañía de mi esposa, Magdalena León, a quien conocí en la Nacional cuando regresó a Colombia luego de hacer su posgrado en Estados Unidos.

La buena suerte que me ha acompañado llegó de nuevo con la invitación a hacer un doctorado de un joven profesor de la Universidad de Wisconsin, en Madison, Eugene Havens, quien estuvo en Colombia en la Facultad de Sociología. Me apoyó económicamente con los modestos ingresos de una asistencia de investigación, sin que tuviera que ayudarlo. También lo hizo gestionando la validación de los créditos de la excelente maestría que adelanté en la Nacional, economizando así dos años de mis estudios en Estados Unidos. A este país viajamos al final del primer semestre de 1971, para hacer un curso de inglés en la Universidad de Michigan y luego viajar a Madison. Para ese entonces ya había nacido nuestra primera hija, Claudia María. Por eso, Magdalena sacrificó posibilidades de estudios para que yo tuviera más tiempo durante mi posgrado. Tres años después, ya con mi doctorado, a mediados de 1974 regresamos a Bogotá, junto con nuestra segunda hija, Marta Viviana, con pocos meses de nacida en Madison.

El tercer capítulo de la segunda parte transcurre entre 1974 y 1986. Con una nueva invitación del Departamento de Ciencia Política de Los Andes regresé para diseñar y poner en marcha la Maestría en Ciencia Política. Fue un programa semiescolarizado para profesores de Ciencias Sociales de universidades públicas del país, becados por el Icfes, aunque también hubo alumnos financiados por cuenta propia y por sus instituciones. Tenía una duración de un par de años y la primera promoción comenzó en 1975. Con la dirección del posgrado y cursos que dicté saqué tiempo para proseguir con mis investigaciones y publicaciones. Fue además el comienzo de mi incorporación a organizaciones de la región y de Estados Unidos, acompañadas de eventos en muchos países, que se mantuvieron hasta terminado mi trabajo formal en la academia.

En 1978 Albert Hirschman me invitó al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton; a él lo conocí en un pequeño grupo de académicos que asesoramos al Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). Estuve en Princeton sin la familia el segundo semestre de ese año y con Magdalena y las hijas el primer semestre de 1979. Fue una experiencia única en ese centro donde estuvo hasta su muerte Albert Einstein. Allí escribí mi libro *Estado y*

política en Colombia. A mediados de ese año regresamos a Bogotá, para reincorporarme de nuevo a Los Andes, donde permanecí hasta 1986. En este año, el rector de la Universidad Nacional, Marco Palacios, me invitó a organizar el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), cuya resolución de creación había sido aprobada por el Consejo Superior.

El penúltimo capítulo de la segunda parte va de 1986 a 1996. Comenzar desde cero a armar una institución sin antecedentes en el país fue una tarea retadora y compleja pero satisfactoria. Luego del diseño inicial, realizamos dos de los concursos para profesores, todos ellos provenientes de fuera de la Universidad. Además convencí a Gonzalo Sánchez, profesor del Departamento de Historia, para trasladarse al IEPRI. Busqué posicionar al IEPRI a la altura de las mejores instituciones universitarias del país y establecer vínculos con otros centros académicos en la región. Utilicé mis relaciones institucionales y personales, desarrolladas en años anteriores. Fueron cuatro los años que dirigí el IEPRI, para dejarlo luego con una estructura sólida.

En 1990 fui invitado como profesor visitante durante un semestre a la Universidad de Columbia, en Nueva York. Fuimos con Magdalena, mientras Claudia María aprovechó para continuar estudios en la Universidad de Massachusetts, en Amherst. Marta Viviana estuvo ese semestre en Madison, su ciudad natal, para estudiar y conocerla, pues había salido de allí antes de cumplir su primer año. Regresamos al final del año a Bogotá, donde permanecí en el IEPRI hasta 1995, cuando me ofrecieron la Vicerrectoría General de la Nacional. Estuve en el cargo menos de un año, dadas sus complejidades y contradicciones. Luego de mi renuncia al cargo, recibí una propuesta del rector de Los Andes, Rudolf Hommes, para que me fuera de decano y ayudara a reorganizar las áreas de Humanidades y Ciencias Sociales. De esta manera, a los diez años regresé a esa universidad con nuevas responsabilidades académicas.

El último capítulo de la segunda parte transcurre entre 1996 y 2005. De la reorganización que hicimos salieron dos facultades: la de Artes y Humanidades y la de Ciencias Sociales, esta última con seis departamentos. Fui su decano durante cuatro años. Una vez aprobado el organigrama, el problema mayor fue lograr la integración de sus departamentos, pues estaban dispersos en el *campus* y no tenían mayores conexiones institucionales entre sí. Logré conseguir un solo edificio como sede, diseñé un Año Básico casi igual para todos y un instituto, el CESO, para administrar las investigaciones de la Facultad. Además, promoví unificar en cuatro años los pregrados y proyectar posgrados al menos para cinco departamentos. Así surgió una facultad unificada tanto en lo físico como en lo académico. En medio de esta labor continué con la docencia, las investigaciones y la participación en eventos nacionales e internacionales.

A mediados del año 2000 llegó una amenaza a un correo electrónico del IEPRI, dirigida a tres personas, incluido yo, de las cuales solamente una estaba en ese instituto. Yo había salido cuatro años antes y la otra persona no era